

CELCIT. Dramática Latinoamericana 292

METRO

Francisco Sanguino y Rafael González

PEROSNAJES: 2

HOMBRE

MUJER

Para Fina, Danielle y Carlos

1

Huida del metro en la oscuridad.

En la estación, una mujer observa la espalda del último vagón. Está sentada bajo el anuncio de una película. Echa un vistazo a cuanto le rodea, fija la mirada en la boca del andén.

Un hombre (35, bien vestido, con portafolios en una mano, diario en la otra) llega apresurado, se detiene justo antes de caer al foso de las vías. Se da cuenta de que, si no se hubiera enganchado en la maldita barra, ahora estaría de viaje. Mira hacia un lado y otro del túnel sosteniendo la rabia entre los dedos. Ya no hay remedio: el mayor de los fracasos se incuba en un minuto.

La mujer, al percatarse de la llegada del hombre, se coloca unas gafas oscuras y

cruza las piernas dejando a la vista hasta más allá de sus rodillas.

El hombre siente que hay alguien a su espalda, gira la cabeza para asegurarse y ve a una mujer, pero ella no lo mira a él, sino al otro lado del andén (ella ha girado furtiva y rápida la cabeza al suponer que él habría de mirarla). La observa unos instantes extrañado: esa mujer sigue ahí sentada a pesar de que el metro no está ya en la estación, acaba de marcharse. El hombre vuelve a lo suyo, a su derecha, a su izquierda por donde la máquina debe llegar de nuevo. "Fíjate la hora que es", piensa; y golpea la esfera del reloj con el índice. Opta por sentarse. Al lado de la mujer hay sitio para dos más, pero él lo hace, como es lógico, en el extremo: no le interesan sus piernas, tan blancas.

HOMBRE

Hola.

MUJER

Hola.

Él lo ha dicho cansado, mirando levemente; ella, como si estuviera empleada en la administración. El hombre abre el diario y ojea alguna noticia de internacional que no cuenta nada nuevo ni bueno. La mujer echa un vistazo gratis a la contraportada, pero el relato de la vida de un tipo que suda oro no le entusiasma demasiado, y aparta la vista, mira el reloj digital de la pared pagado por un chocolate belga.

El metro no llega.

Él vuelve a desesperarse, se pone en pie. Vuelve a observar un lado de la vía, el otro; esta vez su retina se esfuerza un poco más en la oscuridad del túnel. Mira su reloj y, como último acto del ritual, habla:

HOMBRE

Está tardando más de la cuenta, ¿verdad?

La mujer intenta disimular la idea que ya se ha formado de él: es el tío más idiota del planeta. Él es incapaz de advertir ese pensamiento, pero se incomoda y repite:

HOMBRE

Sí, está tardando más de la cuenta.

Ella lo mira detenidamente con una ligera sonrisa, no se sabe si de complacencia o de ironía.

MUJER

¿Quiere un chicle?

HOMBRE

No, gracias. ¿Llev...?

MUJER

¿Qué hora es?

HOMBRE

(Mira su reloj.) Las... nueve y cinco. ¿Llevaba mucho tiempo esperando?

MUJER

¿Cómo?

HOMBRE

Que si esperaba hace mucho.

MUJER

No.

HOMBRE

Ah, también acaba de llegar.

MUJER

Pues no.

HOMBRE

No, no, claro; cuando yo llegué, usted ya estaba aquí.

MUJER

Oiga...

HOMBRE

¿Sí?

MUJER

Usted se refiere al metro.

HOMBRE

Claro.

(Pausa.)

MUJER

¿Y no tiene miedo de que se le moje?

HOMBRE

¿Cómo dice?

MUJER

El traje, ¿no tiene miedo de que se le moje? Parece un traje muy caro.

El hombre mira hacia el techo por si hay goteras.

HOMBRE

Perdone, no sé si me habrá entendido. Le preguntaba...

MUJER

Le he entendido perfectamente. No espero el metro.

HOMBRE

(Abre mucho la boca.) Ah. Ya. Disculpe, pensé que...

MUJER

No se disculpe, no es la primera vez.

Ella da por zanjado el asunto con una sonrisa que desaparece de su boca cuando gira la cabeza hacia el otro lado. El hombre no ha comprendido muy bien la última frase de ella, pero también ha sonreído, correspondiendo, y ahora se abanica con el periódico mientras hace uso de su portafolios para golpearse la rodilla. La mujer le mira molesta por el ruidito y él, cuando se percata de que aquellos ojos inquisidores le buscan la yugular, deja el golpeteo y vuelve a sonreír. La mujer sigue mirando, el hombre aparta la mirada y la dirige al techo de la estación, los túneles, las vías. Las gotas de sudor le resbalan por pecho y espalda; él las siente reptar, vigila su trayectoria hasta que el asco de sí mismo le devuelve a la estación. "¡Mierda de metro!", piensa, pero qué puede hacer. Por lo pronto, volver a abrir el periódico por la página en que lo dejó, cuando ella dice:

MUJER

¿Me deja el periódico, por favor?

HOMBRE

Sí, sí, claro. Tenga. (Se lo entrega.)

MUJER

Gracias.

HOMBRE

De nada. Ya ve, está un poco mojado. Es que me sudan las manos de manera exagerada. Debe de ser alguna enfermedad.

El hombre se limpia con un kleenex sacado del portafolios.

MUJER

No; ansiedad. O el calor, claro.

HOMBRE

Sí, desde luego, calor sí que hace.

MUJER

Desde luego. Lo cual es engañoso.

HOMBRE

¿Qué es engañoso?

MUJER

Pues que haga calor.

HOMBRE

¿Es engañoso que haga calor en pleno mes de agosto? ¿No lo dirá usted en serio?

MUJER

(Se quita las gafas de sol y lo mira fijamente.) Yo siempre hablo en serio de estas cosas.

Ella ha ido pasando las hojas mientras hablaba, distendida, sin atender a lo que había escrito en ellas, pero al decir "Yo siempre hablo en serio de estas cosas" su mirada ha vuelto a ser dura. Pasa otra hoja, y esta vez lee.

MUJER

¡No!

HOMBRE

¿Le pasa algo?

MUJER

¡No!

HOMBRE

Señora...

MUJER

¡Ponen un documental sobre culebras!

HOMBRE

¿Dónde?

MUJER

(Lo mira como se mira a un idiota.) En televisión. A las diez y media.

HOMBRE

¿A las diez y media? (Mira su reloj.) No se preocupe, aún falta más de una hora. Aunque (mirando hacia ambos túneles) al paso que vamos... (Una pregunta que más bien es una afirmación:) ¿Le gustan las culebras?

MUJER

Me encantan, he leído tantas cosas sobre ellas que... (Ante la indiferencia de él)

¿A usted no le gustan?

HOMBRE

¿A mí? Me parecen repugnantes. Sobre todo esas que son tan grandes... (Como buscándose en la memoria) La pitón y esa otra... ¿cómo...?

MUJER

La boa.

HOMBRE

Eso, la boa. ¡Es enorme!

MUJER

(Mirando al infinito) Llega a medir seis metros.

HOMBRE

¡Seis metros! ¡Qué asco!

MUJER

(Mirando al mismo sitio) Qué hermosas.

HOMBRE

Oiga, entonces a ust...

MUJER

En Puerto Rico hay una isla que se llama así.

HOMBRE

¿Boa?

La mujer le echa otra de esas miradas tuyas que lo dicen todo. Nuevamente se refugia de la estupidez del mundo entre las páginas malolientes del periódico. Él, sin embargo, se queda mirándola y absorbe su labio inferior. Piensa: "Debe de creer que soy gilipollas, así que voy a retomar".

HOMBRE

¿En Puerto Rico hay una isla que se llama Boa? ¿En serio?

MUJER

Culebra.

HOMBRE

Culebra.

MUJER

En Puerto Rico hay una isla que se llama Culebra. Y en Panamá un río.

HOMBRE

¿De verdad?

MUJER

Como lo oye.

HOMBRE

¿Y a quién se le habrá ocurrido poner un nombre así a un río? ¡Estos sudamericanos...! (Con desprecio) Culebra... Nada más pensarlo se me pone la piel de gallina. Culebra... Son repugnantes.

MUJER

No son repugnantes. A usted le parecen repugnantes; sin embargo, a mí me encantan. ¡Cómo me gustaría ver ese programa!

HOMBRE

Lo verá, mujer, no se preocupe. No creo que tarde mucho más.

MUJER

No es por el metro, es que no puedo.

HOMBRE

Tiene usted trabajo.

MUJER

No es por eso.

HOMBRE

Ah, ya, ya sé qué quiere decir, perdone mi indiscre...

MUJER

¿Ah, sí? ¿Qué es lo que quiero decir?

HOMBRE

Bueno, pues...

MUJER

Piensa que no tengo dinero para comprarme un televisor, ¿no? Piensa eso.

HOMBRE

No, yo... Vamos...

MUJER

Entonces, ¿por qué se disculpa?

HOMBRE

Creo que me he metido donde no me llaman.

MUJER

No, no se ha metido, así que no tengo que disculparle.

HOMBRE

Estupendo, dejémoslo así.

MUJER

Cree usted que soy pobre, ¿verdad?

HOMBRE

No, no lo creo.

MUJER

No mienta; sí lo cree.

HOMBRE

No, le aseguro que...

MUJER

¿Qué pasa? Quiere saber cuánto dinero gano; es eso, ¿no?

HOMBRE

(Asombrado) ¿Cómo? No, no quiero saberlo, ¿por qué dice eso? No es asunto mío, por favor.

MUJER

De acuerdo, dejémoslo. ¿Cuánto dinero gana usted?

HOMBRE

Oiga, señora...

MUJER

Es sólo por curiosidad.

HOMBRE

No creo que le interese.

MUJER

Claro.

HOMBRE

Seguiremos esperando.

MUJER

Seguro que gana mucho dinero.

HOMBRE

Oiga, ¿por qué no se preocupa más de esperar el metro que de saber cuánto dinero gano?

MUJER

Es que yo no espero el metro. Ya le he dicho que no lo espero. Me metí aquí huyendo de la lluvia.

HOMBRE

¿De la lluvia? Pero si no llueve...

MUJER

Va a llover.

HOMBRE

(Está convencido de que no.) Seguro.

MUJER

Va a llover.

HOMBRE

Yo creo que se equivoca.

MUJER

Soy meteoróloga.

HOMBRE

Ah. (Piensa: "He hecho el ridículo".) Así que va a llover.

MUJER

¿Es que no ha visto esas nubes?

HOMBRE

Sí, pero no parecían de lluvia.

MUJER

Realmente son las únicas que pueden hacer llover. Eso lo saben hasta los niños.

HOMBRE

Pues lloverá, lloverá si usted lo dice.

Él ha dado por concluido el asalto. Ha ganado ella a los puntos. Claro que...

HOMBRE

Así que meteoróloga...

MUJER

Sí.

HOMBRE

¿Y trabaja en alguna estación?

MUJER

No, en la radio.

HOMBRE

¿En la radio? ¿En qué emisora?

MUJER

Radio Ebro.

HOMBRE

¿Radio Ebro? Que yo sepa, por aquí no pasa el Ebro.

MUJER

En Logroño.

HOMBRE

Ah, es usted de Logroño.

MUJER

De Vigo. Fui a Logroño siendo niña. Mi padre tuvo un hundimiento.

HOMBRE

¿Un qué?

MUJER

Se hundió el barco en el que navegaba.

HOMBRE

Lo siento.

MUJER

Yo no.

HOMBRE

¿No siente que su padre haya muerto?

MUJER

Dudo que mi padre haya muerto.

HOMBRE

Pero el barco...

MUJER

Ya. El barco se hundió, desapareció la tripulación, pero yo no creo que mi padre se ahogara.

HOMBRE

Fue cerca de la costa.

MUJER

Fue en un temporal en medio del Atlántico.

HOMBRE

(No lo tiene nada claro, pero casi prefiere olvidarse del tema.) Ya.

MUJER

Así que nos fuimos con los padres de mi madre. Yo tenía once años. Mi hermano mayor se casó hace unos meses y vive aquí.

HOMBRE

(Asiente. Cambia de tema.) ¿Y le gusta esto?

MUJER

Dice que es demasiado grande.

HOMBRE

Me refiero a usted.

MUJER

¿A mí?

HOMBRE

Sí.

MUJER

Bueno...

HOMBRE

Hombre, es una ciudad grande, pero bastante tranquila.

MUJER

Sí, lo es.

HOMBRE

Claro que Logroño...

MUJER

También lo es, sí.

La mujer saca su cajetilla de Gauloises Caporal y enciende uno, pero no ofrece. El hombre vuelve a mirar hacia los dos túneles, mete las manos en los bolsillos e investiga a fondo, pero no encuentra el tabaco. Un tanto incómodo, se decide a pedir uno a la mujer; con sutileza, claro.

HOMBRE

Vaya, creo que he perdido mi tabaco.

MUJER

(Sin percibir la indirecta) Aunque a veces en ningún sitio se está bien.

HOMBRE

Eso es cierto. (Mira el resoplido leve de la mujer y desea imitar esa acción purificadora.)

MUJER

Y se está a desgana en todas partes.

HOMBRE

Y que lo diga.

MUJER

Y te entran unas ganas locas de escapar, huir, buscar una isleta en el Caribe y olvidar. ¿No le parece?

HOMBRE

Sí, claro. (Pausa.) Oiga, me da la impresión de que he perdido mi tabaco. ¿Hace el favor de darme un cigarro? Es por no salir a comprar, no vaya a ser que venga el metro.

MUJER

Claro... Es negro.

HOMBRE

Bien.

MUJER

Es francés. (Señalando con el dedo el rótulo de la cajetilla) Gauloises Caporal.

HOMBRE

Vaya, no lo he fumado nunca. Lo probaré.

MUJER

Es el que fumaba Cortázar.

Él inhala el humo del cigarrillo. Luego, lo coloca vertical a la altura de la mirada y echa sobre él el humo, avivando la llama. Pero parece que no le ha impresionado mucho ni el sabor ni que esa marca pasara por los bolsillos y los dedos de Oliveira.

Ella se ha quedado mirándolo, esperando que reaccionara ante tal información. Ve que no ha causado ningún efecto, así que insiste.

MUJER

Cortázar, el escritor.

HOMBRE

Ah.

MUJER

¿No conoce a Cortázar?

HOMBRE

Me suena. Pero no sabía que fuera escritor.

MUJER

(Un tanto ofendida) ¿Y qué pensaba que era?

HOMBRE

(Intentando que su ignorancia parezca tan sólo originalidad) No sé. La verdad es que nunca me ha interesado la gente famosa.

MUJER

Ya. Eso lo explica todo.

Ella lo mira con alguna repugnancia: siente que ha perdido el partido, pero no el campeonato. Se hace un silencio.

HOMBRE

Así que esto es lo que fumaba Cortázar.

MUJER

Sí.

HOMBRE

¿Y dónde lo compró?

MUJER

No lo compré. Me lo trajo un amigo, un compañero de la emisora que ha estado en Francia. Dice que aquello es precioso. (Se va difuminando su contrariedad y su molestia.) Trajo una foto de su tumba. La llevo siempre conmigo.

HOMBRE

¿De quién?

MUJER

De Cortázar.

HOMBRE

Como lo dijo así... ¿Hizo una foto de su tumba?

MUJER

Sí.

HOMBRE

¿Donde está enterrado?

MUJER

Claro, ya se lo he dicho.

HOMBRE

¿Y la lleva usted?

MUJER

Sí.

HOMBRE

¿Aquí? ¿En su bolso?

MUJER

Lo dice como si llevara el cadáver de Cortázar. Se la enseñaré.

HOMBRE

No, no. No se moleste, es igual.

MUJER

No, quiero que la vea, es una bonita foto del...

HOMBRE

Es igual, es igual.

MUJER

Oiga, ¿qué le pasa a usted? ¿Por qué no quiere ver la foto?

HOMBRE

No, no es que no quiera verla... ¿Es una foto de un cementerio?

MUJER

Efectivamente, el cementerio más bello del mundo.

HOMBRE

A mí todos los cementerios me parecen horrorosos, no deberían llevar a la gente allí.

MUJER

Sí, seguramente deberían enterrarlos en Eurodisney, pero entonces no existía.

HOMBRE

A mí no me gustan los cementerios, ni las tumbas ni nada de eso.

MUJER

Pero éste es un cementerio muy bonito. Más que un cementerio, parece un jardín de infancia.

HOMBRE

De todas formas, déjelo.

MUJER

De eso nada, insisto en que la vea. (Saca la foto del bolso, él pone la mano delante.) No sea niño, cójala.

El hombre toma la foto, le echa un vistazo de una décima de segundo y se la devuelve.

HOMBRE

Muy bonita.

MUJER

Ya. ¿Ha visto la torre Montparnasse al fondo?

HOMBRE

Perfectamente.

MUJER

Le enseñaré otra.

HOMBRE

¿Otro entierro?

MUJER

No.

HOMBRE

Un momento...

Él ha escuchado un ruido y se ha puesto de pie. Puede que lo haya hecho para no tener que ver más fotos de cadáveres enterrados en París.

MUJER

¿Qué?

HOMBRE

El metro.

MUJER

No es el metro.

HOMBRE

Sí que lo es, lo he oído.

MUJER

Que no, que no es.

HOMBRE

¿Por qué está tan segura?

MUJER

Porque no puede ser.

HOMBRE

¿Ah, no? ¿Y por qué?

MUJER

Porque antes llegan los murciélagos.

El hombre se queda un rato con la boca abierta, estudiando la situación. De repente, el tono de su mirada cambia. Ahora observa a la mujer manifiestamente irritado.

HOMBRE

Oiga, usted me está tomando el pelo ya.

MUJER

Que no...

HOMBRE

¿Es que no lo sabe?

HOMBRE

No.

MUJER

¿De verdad que no lo sabe? ¿Toma el metro todos los días y no lo sabe?

HOMBRE

Y si no me lo dice de una vez, no creo que llegue a saberlo nunca.

MUJER

Que lleguen antes.

HOMBRE

¿Antes de qué?

MUJER

Del metro. Cuando lo oyen llegar, salen pitando. ¿Qué haría usted si una culebra de quince toneladas le estuviera pisando los talones en un túnel?

HOMBRE

Pues...

MUJER

Vamos, ¿qué haría?

HOMBRE

¿Correr?

MUJER

¿Sabe usted volar?

HOMBRE

No.

MUJER

Pues eso hacen los murciélagos. Así que no se moleste en leer el indicador: cuando vea venir una bandada de murciélagos, sabrá que ya llega el metro.

HOMBRE

Estaré atento. (Se acerca a las vías, se asoma.)

MUJER

Algunos no lo consiguen.

HOMBRE

¿Perdón...?

MUJER

Algunos pierden la orientación con las luces, se estrellan contra las paredes, mueren electrocutados, y finalmente son aplastados en las vías.

HOMBRE

(Que ha vuelto rápidamente a sentarse e intenta cambiar de tema aludiendo al tabaco) Es fuerte.

MUJER

¿Usted cree? A mí me parece tabaco para niños.

HOMBRE

Pues vaya.

MUJER

Oiga, ¿sabe una cosa?

HOMBRE

¿Qué?

MUJER

No se ha dado cuenta...

Él mira a su alrededor un tanto alarmado por si se le viene encima una bandada de murciélagos o algo parecido. Luego, se gira rápidamente hacia ella temiendo que le muestre la foto de un bebé desmembrado y mordido por las ratas.

HOMBRE

¿De qué?

MUJER

Todavía no me ha dicho su nombre.

HOMBRE

(Resopla relajado.) No, es verdad. Pero tampoco usted me ha dicho el suyo: empate.

MUJER

¿Por qué no me lo dice?

HOMBRE

Claro que se lo digo. Me llamo Marcelino.

MUJER

Como Pan y...

HOMBRE

(Es la vez un billón que escucha esa gracia.) Justo. Ahora le toca a usted. ¿Cómo se llama?

MUJER

Oh, no, no.

HOMBRE

No, no, ¿qué?

MUJER

Que no, que no se lo digo.

HOMBRE

¿Por qué?

MUJER

Porque es muy feo.

HOMBRE

Peor que Marcelino no creo que sea.

MUJER

Bastante peor.

HOMBRE

A ver.

MUJER

Ya le he dicho que no.

HOMBRE

Venga, mujer...

MUJER

(Muy, muy irritada, fuera de sí y de sus cabales) ¡¡Que no!! (En un rumor que él pueda percibir) Coño, está sordo...

HOMBRE

Bueno, no se ponga así. (Por destensar.) Usted se lo pierde; le iba a contar un secreto.

MUJER

(Más bajo) Métselo en el culo.

HOMBRE

¿Cómo?

MUJER

Que se lo digo si me promete no echarse a reír ni hacer bromitas fáciles.

HOMBRE

Trato hecho.

MUJER

¿No se reirá?

HOMBRE

Ya le he dicho que no.

MUJER

Ya, pero...

HOMBRE

Si quiere, se lo puedo prometer.

MUJER

No, no le creo.

HOMBRE

Se lo prometo y se lo juro por mis padres.

MUJER

Me lo promete y me lo jura por sus padres y por sus muertos y por lo que más quiera en este mundo.

HOMBRE

Está bien.

MUJER

Venga.

HOMBRE

Venga, ¿qué?

MUJER

Hágalo.

HOMBRE

(A desgana) Prometo, juro por mis padres, por mis muertos, (Irónico) incluso por mi colección de cromos del Barça...

MUJER

¿Eso es lo que más quiere en este mundo?

HOMBRE

Oiga, que son de cuando jugaba Kubala...

MUJER

Está bien, siga.

HOMBRE

...juro que no me voy a reír de su nombre. Ya está. Ahora dígamelo.

MUJER

(Rápidamente, emitiendo algo parecido a) ..stina.

HOMBRE

¿Cómo?

MUJER

Ya se lo he dicho.

HOMBRE

No la he entendido.

MUJER

Pues se jode.

HOMBRE

¡Oiga...!

MUJER

¡Agustina!

Él piensa el nombre, ella le observa y él intenta que no note nada (de modo que pone cara de haber degustado algo de sabor horrible que no termina de llegarle a la lengua. Ella se acerca cada vez más al rostro de él. Él termina tapándose la cara con la palma izquierda: ya no puede contener la risa.

MUJER

¿Qué? Ya empezó el cachondeo, ¿verdad? Le recuerdo que hicimos un trato. Me lo juró usted por sus padres; no debería reírse.

HOMBRE

Ya, pero es que...

MUJER

Venga, suelte la gracia, estoy acostumbrada.

HOMBRE

No, no.

MUJER

Ande, tenga cojones.

HOMBRE

Oiga, yo...

MUJER

Usted es un cabrón de mucho cuidado. ¡Pare de reír o me cago en su puta madre!

Él para en seco.

HOMBRE

Oiga, lleve usted cuidado con lo que dice.

MUJER

¿Ah, sí? ¿Y por qué, eh? ¿Se puede saber por qué? ¿Me va a dar una paliza? ¿Va a hundirme los dientes, aplastarme la cara contra la pared? ¿Qué coño va a hacer?

HOMBRE

Pero, ¿qué dice?

MUJER

Usted se cree que está en el Oeste, ¿verdad? Se cree que es Clint Eastwood. (Le golpea en el hombro.) Ande, pégueme, hágalo; sé defenderme, no crea que va a ser tan fácil.

HOMBRE

Cálmese, por favor.

MUJER

¡Desgraciado!

HOMBRE

No creo que sea para tanto.

MUJER

(Por su traje) ¡Pingüino!

HOMBRE

Jamás he visto algo parecido.

MUJER

¿Ah, no?

HOMBRE

No.

MUJER

¡Pues a ver si así aprende a no reírse de sus semejantes, comemierda!

Ella se sienta, busca en su paquete el último de los Gauloises y comienza a fumarlo hasta que lo escupe porque lo ha prendido del revés. Busca otro, pero ya no queda qué fumar. Él ha empezado a recoger sus cosas con parsimonia, para que ella sea consciente de que no le pasa sus malos modos.

HOMBRE

(Parece que se va a ir.) Buenos días.

MUJER

¿Cómo?

HOMBRE

Hasta la vista, señora.

MUJER

¿Es que se va?

HOMBRE

Por supuesto.

MUJER

(Cerrándole el paso) Oiga, por favor, no se vaya, no me deje sola.

HOMBRE

Déjeme pasar.

MUJER

No, quédese.

HOMBRE

Por favor, déjeme pasar.

MUJER

Ande, sea bueno, quédese un poco más.

HOMBRE

Le ruego que me deje pasar.

MUJER

Se lo pido de rodillas. (Lo hace y rompe a llorar.) ¡No me deje sola! ¡No lo haga, por favor, no quiero quedarme sola!

HOMBRE

Pero, ¿qué hace, señora? Levante del suelo. (Deja en tierra el diario y el portafolios, y la ayuda a incorporarse.) Venga, vamos a sentarnos. Se sientan. Él la tiene a ella medio abrazada, ella llora desconsoladamente. Él le dice:

HOMBRE

No se preocupe, no me marchó. Lo dije en broma. No la voy a dejar sola, tranquila, no se preocupe.

MUJER

No soporto los truenos.

HOMBRE

No hay truenos.

MUJER

Los habrá, dentro de poco. Soy meteoróloga.

HOMBRE

Ya me lo ha dicho, pero de momento no hay truenos.

MUJER

Los habrá, ya verá como sí.

HOMBRE

Bueno, pues si truena, que truene.

MUJER

Gracias por quedarse conmigo.

HOMBRE

De nada.

MUJER

Perdóneme.

HOMBRE

Tranquila.

MUJER

Perdóneme.

HOMBRE

No hay nada que perdonar.

MUJER

(Enérgica) Usted perdóneme, y luego ya veremos.

HOMBRE

(Sorprendido, una vez más, por la extraña reacción) Está bien, la perdono.

MUJER

(Nuevamente afligida) Me he puesto un poco bruta.

HOMBRE

Todos nos ponemos así alguna vez.

MUJER

Sí, pero yo he estado a punto de matarlo.

HOMBRE

(Ríe.) ¿Ah, sí? ¿Y cómo?

MUJER

Pues con la pistola que llevo en el bolso.

HOMBRE

(Se incorpora y la suelta de un salto.) Bueno, pero ya está todo olvidado, ¿no?

MUJER

Entonces, ¿me perdona?

HOMBRE

Claro que la perdono, ¿no la voy a perdonar?

MUJER

Es usted muy majo.

HOMBRE

Hombre...

MUJER

Marcelino, ¿sabe una cosa?

HOMBRE

¿Qué, Agustina?

MUJER

Su nombre es muy bonito.

HOMBRE

El suyo también está bien.

MUJER

¿Usted cree?

Ella termina de secarse las lágrimas con un pañuelo. Todo vuelve a su sitio.

MUJER

Bueno, parece que no llega ese maldito metro. Este país, en lugar de ir a mejor, va cada día más de culo.

HOMBRE

Pero, ¿no me dijo que no lo esperaba?

MUJER

Y no lo espero. Pero eso no me quita el derecho de criticar las fallas del sistema, ¿no cree?

HOMBRE

Desde luego que no.

MUJER

¿Está casado, Marcelino?

HOMBRE

Sí.

MUJER

¿Hijos?

HOMBRE

Uno.

MUJER

¿En qué trabaja?

HOMBRE

Soy abogado.

MUJER

Debe de ser un trabajo muy aburrido.

HOMBRE

Depende, lo mío es muy divertido.

MUJER

¿Ah, sí? ¿Qué haces tú?

HOMBRE

Me dedico a la quiebra de empresas.

Ella abre inmensamente los ojos, en un gesto mitad de sorpresa y mitad de rechazo.

HOMBRE

Es la parte más interesante del Derecho Mercantil.

MUJER

Un poco triste, ¿no?

HOMBRE

Bueno... Siempre me han gustado los finales tristes.

MUJER

Igual que a mí. Que a mí no, quiero decir: me encanta lo que bien acaba. Lo que bien acaba, bien empieza.

HOMBRE

Si usted lo dice.

MUJER

Chisst.

HOMBRE

¿Qué?

MUJER

El metro.

HOMBRE

¿El metro?

MUJER

Creo.

Ella ha creído escuchar algo, él ha corrido a su lado: falsa alarma. Silencio. Ella saca otra cajetilla, esta vez de un tabaco de aquí, y ahora sí ofrece, pero él lo rechaza con un "gracias" y una mano sobre el pecho, ya está bien de cáncer por hoy. Ella fuma, el hombre opta por sentarse; entonces se da cuenta de que sus cosas siguen en el suelo y va a recogerlas. Las coloca en el asiento de enmedio. Vuelve a abrir el periódico. Pasa las páginas sin detenerse demasiado en ninguna de ellas. Mira su reloj.

HOMBRE

Me parece que va a perderse el documental sobre culebras.

MUJER

Eso ya lo sé yo.

HOMBRE

Aunque si no tardara más de cinco minutos... ¿Dónde vive usted?

MUJER

Y dale: ya le he dicho tres veces que no espero el metro, que me metí aquí huyendo de la tormenta y que soy meteoróloga. ¿Quiere que se lo repita?

HOMBRE

Tranquila, mujer; es usted un poco irascible.

MUJER

Si me pierdo el documental es sólo y únicamente porque no tengo televisor, ¿de acuerdo?

HOMBRE

¿Cómo ha dicho?

MUJER

Lo que ha oído.

HOMBRE

No tiene usted televisor...

MUJER

(Imitándolo en tono de burla) No tiene usted televisor...

HOMBRE

Es que he pensado algo: si usted no tiene televisor...

MUJER

Le encanta meter el dedo en la llaga, ¿eh?

HOMBRE

...tampoco tendrá video, claro.

MUJER

Evidentemente, no.

HOMBRE

Mire, lo podemos arreglar: llamo a Ginebra y le digo que lo grabe, ¿le parece?

MUJER

¿A Ginebra? ¿Ha dicho Ginebra?

HOMBRE

Es mi mujer.

MUJER

¿Su mujer? No me diga que su mujer se llama Ginebra... ¿En serio?

HOMBRE

La llamo y le digo: "Oye, Ginebra, que estoy esperando el metro y por eso me retraso tanto; haz el favor de grabar el documental sobre culebras que dan en La 2". ¡Perfecto!

MUJER

De lástima.

HOMBRE

¿Por qué?

MUJER

Es que los hombre no piensan las cosas, ¿verdad? ¿No ha dicho antes que le horrorizan las culebras?

HOMBRE

Sí.

MUJER

Seguro que su mujer lo sabe.

HOMBRE

Desde luego, ella lo sabe todo sobre mí.

MUJER

Entonces, si su mujer le pregunta para qué cojones quiere que le grabe un programa sobre culebras, con el asco que le dan, ¿qué le dice, eh?

HOMBRE

La verdad.

MUJER

¿Cómo?

HOMBRE

Le digo la verdad.

MUJER

¿Cuál?

HOMBRE

Que es para usted.

MUJER

¿Que es para mí?

HOMBRE

Evidentemente.

MUJER

Pero bueno, ¿usted está loco o qué? ¿Usted se cree que las mujeres somos tontas? Me gustaría saber qué opinión tiene usted de las mujeres.

HOMBRE

¿Qué opinión voy a tener, si estoy casado?

MUJER

Si usted le dice eso a su mujer, si le dice: "Oye, Ginebra, que mira, que estoy esperando el metro y por eso me retraso tanto; y estoy aquí con una señora que le gustaría ver un documental que dan en La 2 a eso de las diez y media, sobre culebras, que a ver si lo grabas". ¿Es eso lo que pensaba decir?

HOMBRE

Más o menos.

MUJER

Pues su mujer, si no es muy tonta, aunque no pondría yo la mano en el fuego, lo primero que pensará es que está usted por ahí con alguna fulana pasándoselo como Dios, ¿no cree?

HOMBRE

Pues no, precisamanente eso no.

MUJER

¿Ah, no? ¿No cree? ¿No cree que será eso lo que piense enseguida su mujer? Pues amigo, déjeme decirle una cosa: es usted mucho más infeliz de lo que yo imaginaba, y eso que yo me imaginaba que era usted muy, pero que muy gilipollas.

El hombre se queda mirando fijamente a la mujer todavía incrédulo de lo que ha oído, pero también extrañamente dolido. Agarra su portafolio como si quisiera protegerlo. Se levanta y da en un par de largas zancadas hacia la salida. Pero gira sobre si mismo. Después de todo, tiene derecho a réplica.

HOMBRE

(Absolutamente cabreado) ¡Señora, ¿de qué psiquiátrico se ha escapado?! Me está empezando a fastidiar con tanta estupidez y tanto insulto. Recuerde que si aún estoy aquí es porque usted me ha impedido salir de esta estación, como era mi propósito, y buscar un taxi. ¡Y recuerde que no hace ni diez minutos estaba ahí,

abrazada a mí como una colegiala, llorando por culpa de no sé qué tormenta de las narices que usted, argumentando que es meteoróloga en no sé qué extraña emisora de Logroño, que seguro que ni existe, dice que va a estallar de un momento a otro, lo cual no se cree ni el mismísimo Mariano Medina!

Suena el rumor de un trueno que en la calle se habrá escuchado como si el mundo se fuera abajo. Él mira hacia la salida asustado y acciona sin querer la apertura del maletín, del que cae casi todo. Repara de nuevo en ella, y ella le amenaza con un dedo y su mirada inquisitorial.

MUJER

Escuche esto, escúchelo bien, estúpido imbécil, parásito de la sociedad, escúchelo a la primera porque no se lo pienso repetir: Radio Ebro, en Logroño, existe, vaya si existe.

Una luz aparece por su lado izquierdo: debe de ser el metro que llega, el metro que no oyeron porque los truenos no cejaban. Ahora ya está en la estación, ahora ya ha parado. El sale tan rápido que no se percata de que su portafolios está abierto. Suena una sirena y el metro cierra sus puertas, se pone en marcha, desaparece de la estación. Y hace que los papeles de él se levanten y revoloteen como una bandada de murciélagos.

2

Huida del metro en la oscuridad.

Ahora él recoge entre molesto y resignado todo lo esparcido de su maletín. Por supuesto, él no ha podido tomar el metro. Ella tampoco.

HOMBRE

¿Tiene usted un cigarrillo?

El hombre se afloja el nudo de la corbata y se saca la americana con el fin de recoger las cosas con mayor comodidad. Dobla la americana, cae del bolsillo una cartera. Ella la recoge, junto a unos cromos viejos que se han desperdigado por el suelo. Toma uno de ellos, pregunta:

MUJER

Marcelino... Tu padre, ¿no?

HOMBRE

¿Mi padre? (Ríe.) Eso quisiera yo. Es Manchón.

MUJER

¿Quién?

HOMBRE

Manchón. (Y dice un Manchón como si todo lo aclarase a la segunda.)

MUJER

No me dice nada.

HOMBRE

¿No sabes quién era Manchón?

MUJER

No sabías tú quién era Cortázar.

HOMBRE

Pero me sonaba, por lo menos.

MUJER

Pues a mí Manchón también me suena.

HOMBRE

Ah, ¿sí?

MUJER

Sí.

HOMBRE

¿Y de qué te suena a ti Manchón?

MUJER

De un quitamanchas.

HOMBRE

¿De un quitamanchas?

MUJER

De un quitamanchas. De un quitamanchas que compraba mi madre.

HOMBRE Un quitamanchas... (Y ahora con actitud de niño que se supo la lección a tiempo) Ramallets; Martín, Biosca, Seguer; Gonzalvo, Bosch; Basora, César, Kubala, Moreno y Manchón. (Emocionado) ¡El... Barça!

MUJER

El Barça. ¿Y Cruyff?

HOMBRE

¿Cómo que Cruyff?

MUJER

Sí, Cruyff. ¿No era Cruyff del Barça?

HOMBRE

Vino luego, en los setenta. Manchón jugaba en los cincuenta.

MUJER

Pero entonces tú no habías nacido.

HOMBRE

No, yo nací en el sesenta, el mismo día que subió Kennedy a la presidencia.

MUJER

Yo nací cuando Cortázar publicó Rayuela.

HOMBRE

(Evocando molesto) Ese año el Madrid ganó su quinta Copa de Europa. Eso fue lo peor que ocurrió entonces.

MUJER

También cuando murió Rocamadour.

HOMBRE

Mi padre se compró un seiscientos. Que luego vendió para edificar un chalé en la playa. ¿Rocamadour?

MUJER

El niño de la Maga.

HOMBRE

Ah.

MUJER

En Rayuela...

HOMBRE

Los sesenta fueron buenos años.

MUJER

Sí. Fue cuando mi padre se ahogó.

HOMBRE

Lo siento.

MUJER

No lo sientas. Yo no lo siento, mi madre no lo siente, mis hermanos no lo sienten. Es más, creo que se alegran, porque se ahorran un regalo en Navidad. Así que nadie lo siente, nadie; serías el único en este país que siente que mi padre se ahogara. ¿Por qué tienes que sentirlo tú?

HOMBRE

Bueno...

MUJER

Entonces.

HOMBRE

De todas formas, tú dijiste que no creías que se hubiera ahogado.

MUJER

Ah, ¿no? ¿Y qué otra cosa podía hacer en mitad del Atlántico un dos de noviembre? ¿Llegar a nado hasta Nueva York o Agadir? No digas estupideces.

HOMBRE

Yo no digo estupideces.

MUJER

¡Dices estupideces, muchas estupideces! Incluso las coleccionas.

HOMBRE

Perdona, pero si aquí hay alguien que sea estúpida hasta la médula, no es otra que tú. Lo que pasa es que no te llevo la contraria para que no te echas a llorar otra vez; pero tú padre ya sé yo que está más tieso que Franco.

MUJER

No te consiento que te burles de mi padre.

HOMBRE

No me estoy burlando de tu padre.

MUJER

Sí lo estás haciendo.

HOMBRE

No, me estoy burlando de ti. Y si no lo ves, es que estás ciega.

MUJER

Seguramente es eso.

HOMBRE

De acuerdo, Y ahora, ¿puedes hacer el favor de devolverme mis cromos?

Ella lo mira fijamente y luego dirige su mirada a los cromos. Sabe que en ese momento los puede hacer picadillo. Él también lo sabe, así que ella no deja de mirar los cromos mientras que él la mira a ella sin perder la dureza del gesto. Ella los mira por última vez suspirando; luego los ordena y los baraja, lee los nombres al pie de la foto. Cuando llega a la de Manchón, sonrío y dice:

MUJER

Manchón...

HOMBRE

El mejor delantero que ha tenido el Barça. Sin duda.

MUJER

El mejor quitamanchas que tuvo mi madre.

HOMBRE

(Sonríe.) Sí, sin duda. (Ofrece la mano para que ella ponga en ella los cromos.)

MUJER

(Se los entrega.) Tus cromos.

HOMBRE

Gracias. (Los mira. Piensa: "Qué poco ha faltado".)

Suena el metro y llegan sus luces por el túnel. Él toma el portafolios, echa dentro los cromos de cualquier manera y lo cierra rápido. El metro llega, abre sus puertas. Ella toma el bolso, se levanta y se dirige a la salida. Pero él no se ha marchado, se ha quedado de pie como un pasmarote mirando la espalda de ella. Mira hacia un lado del infinito y se humedece los labios pensando: "¿Yo soy imbécil o idiota?" Justo cuando ella desaparece, él se decide:

HOMBRE

Espera.

Tras un segundo de incertidumbre, ella vuelve al andén; le sorprende que no tomara el metro.

MUJER

Tu mujer debe de estar esperándote.

HOMBRE

Mi mujer nunca me espera. Estará en el gimnasio.

MUJER

¿A estas horas?

HOMBRE

A cualquier hora. Al menos es lo que dice ella.

MUJER

Entiendo.

HOMBRE

Escucha: siento lo que he dicho de tu padre.

MUJER

No te preocupes.

HOMBRE

Lo siento de veras.

MUJER

No hay por qué. Yo también le digo cosas de ese estilo cuando voy a verle.

HOMBRE

(Muy sorprendido) ¿Cuándo vas a verle?

MUJER

¿Tú no vas a ver a tu padre?

HOMBRE

Claro que sí, a los dos. Voy a comer una vez por semana a casa de mis padres.

Pero no comprendo; tú has dicho... (Esboza una sonrisa de lado) Me estás tomando el pelo...

MUJER

Te equivocas.

HOMBRE

Me estás tomando el pelo...

MUJER

Yo odio cómo cocina mi madre.

HOMBRE

¿Tú no has dicho que...?

MUJER

Claro que hace tiempo que no voy. Tengo que llamarla.

Él empieza a darse cuenta de que algo falla. Vuelve a dejar sus cosas en la butaca y pregunta:

HOMBRE

Oye, vamos a ver, creo que estoy absolutamente perdido. ¿Podrías hacer el favor de una vez por todas de hablarme de una forma coherente de tu padre?

MUJER

¿Qué quieres saber?

HOMBRE

No sé, me da igual, cualquier cosa: ¿en qué trabaja?, ¿cuántos años tiene?, ¿cómo es?

MUJER

Querrás decir cómo era.

HOMBRE

¿Por qué no te pones de acuerdo?

MUJER

¿Qué quieres decir?

HOMBRE

¿Tú padre ha muerto o no ha muerto?

MUJER

Puede que sí y puede que no. ¿Tú lo sabes?

HOMBRE

(Al borde de la desesperación) ¿Yo?

MUJER

¿Por qué no me dejas los cromos?

HOMBRE

¿Los cromos? ¿Quieres los cromos? (Los saca del maletín.) Toma los cromos. Pero, dime, ¿cómo es tu padre?

MUJER

(Pasando los cromos) Pues... Alto... Rubio... De grandes ojos claros...
Compleción fuerte... (Se para en seco. Se queda mirando la foto que tiene entre sus manos.) Éste es mi padre.

HOMBRE

(Se ríe.) Pero, ¿qué estás diciendo? Ése es Kubala.

MUJER

¡Te lo juro!

HOMBRE

Ése es Kubala.

MUJER

¿Seguro?

HOMBRE

Segurísimo.

MUJER

Este hombre no puede ser Kubala.

HOMBRE

Claro que sí.

MUJER

No puede ser. Este hombre es mi padre. Yo misma tengo una foto igual, se la hizo mi madre un día que fueron juntos a pasar el día en el campo, en... en... coño, ¿dónde fue?... Si me lo ha dicho ochenta veces...

HOMBRE

Agustina, debes de estar equivocada.

MUJER

¿Cómo voy a estar equivocada? Este señor vestido con ese ridículo pantalón corto es mi padre, ¿lo oyes?, mi padre.

HOMBRE

Este señor vestido (solemne) con el traje blaugrana es Kubala. Se parecerá a tu padre, será idéntico a tu padre, pero no es tu padre. ¿Cómo se llamaba tu padre?

MUJER

Ladislao.

A él se le hiel la sonrisa en la comisura.

HOMBRE

¿Qué?

MUJER

Ladislao. ¿Qué pasa? ¿Tampoco te gusta?

HOMBRE

¿Estás segura?

MUJER

Pero, ¿cómo no voy a estar segura del nombre de mi padre?

HOMBRE

(Para sí) Será una coincidencia...

MUJER

¿Coincidencia?

HOMBRE

Sí. Es que este hombre también se llama así.

MUJER

Claro que se llama así, como que es mi padre.

HOMBRE

Ya te he dicho que no puede ser tu padre. A ver, Agustina, ¿cuándo se hundió el barco donde iba tu padre?

MUJER

En el sesenta y siete, al poco de nacer yo.

HOMBRE

Entonces, tú no has visto nunca a tu padre, ¿no?

MUJER

Claro que no. Sólo lo he visto en fotos.

HOMBRE

Vamos a ver, que me aclare: tu padre tiene un hundimiento en el sesenta y siete...

MUJER

...A finales.

HOMBRE

A finales del sesenta y siete, cuando tú tenías...

MUJER

Nueve meses.

HOMBRE

Crees que no ha muerto, pero el barco naufragó en medio del Atlántico, ¿no es cierto?

MUJER

Sí.

HOMBRE

Entonces, ¿cómo puedes ir a visitarle?

MUJER

Cuando mi padre dejó de ser considerado desaparecido, la Marina Mercante nos regaló un nicho y una lápida. A mi madre todo eso ya le traía sin cuidado. Había pasado demasiado tiempo esperando a mi padre sentada en un noray del puerto como si fuera el bidé de mi casa.

HOMBRE

¿Un que?

MUJER

Un noray, eso que parece un pollete, donde se amarra el cabo...

HOMBRE

¿Qué cabo?

MUJER

El cabo que se echa a tierra desde cubierta.

HOMBRE

Ya, ya (pero no sabe qué le está hablando).

MUJER

El cabo se pasa por la gatera y se encapilla la gaza en el noray. Luego se pasa el seno del cabo por el molinete, se tensa y se toman vueltas en la bita, haciéndolo firme. En la popa se hace lo mismo. Eso es la maniobra de atraque. Lo he visto cientos de veces. ¿Lo tienes claro?

HOMBRE

(Ya derrotado) Perfectamente.

MUJER

Entonces, sigo: mi madre cambió el puerto por el cementerio. Todos los domingos le cambiábamos las flores y el agua mientras ella le cantaba aquellas alegrías de Manolo Caracol que tanto le gustaban a mi padre. Yo le marcaba el ritmo con las palmas.

El hombre, no sin cierta sorna, la acompaña palmeando hasta que ella lo fulmina con una mirada.

MUJER

Dentro de aquel nicho tan pequeño estaba mi padre, y yo pensaba: si ni siquiera se podrá poner en pie ahí dentro. Luego me explicaron que allí sólo van los que van. Bueno, eso es todo. Desde entonces voy a verlo y le cuento mis cosas. Yo sé que mi padre no está allí, pero al menos están todas sus cosas. Y, desde hace dos años, los huesos de mi abuelo.

HOMBRE

¿También se ahogó?

MUJER

Sí, en aguardiente. Era un borracho divertido. Vivía en una casita a la orilla del

mar. Cuando estaba bebido, saltaba por la ventana para mear y luego volvía a entrar en casa. El día que mi madre se enteró de que se estaba muriendo, le pidió que se viniera a la ciudad, una ciudad sin mar. Eso fue lo peor para él. Murió.

HOMBRE

De cirrosis, imagino.

MUJER

No, por su costumbre de saltar por la ventana para mear. Una noche no se acordó y saltó por la ventana. No volvió a subir. Claro, era un cuarto piso sin ascensor.

HOMBRE

Vaya. ¿Debo sentirlo?

MUJER

Todos lo sentimos. Pero mi abuelo era un cachondo: estoy convencida de que mientras caía se iba riendo de la equivocación.

HOMBRE

Supongo que sí. Pero (por la estampa de Kubala) siento decirte que éste no es tu padre.

MUJER

Tienes razón. De repente me había parecido... Pero qué va. Ya hubiera querido mi padre tener estos dientes.

HOMBRE

¿Llevaba postizos?

MUJER

No. Me refiero a la piorrea. Tenía piorrea hasta la garganta. Imagínate el olor que despedía: a las ocho de la mañana su boca era una verdadera alcantarilla.

HOMBRE

Me estás tomando el pelo otra vez...

MUJER

No, hombre, te hablo en serio; su piorrea era algo...

HOMBRE

Me estás tomando el pelo, me lo debes de estar tomando desde que he llegado. Has dicho: "A ver quién es el imbécil que llega ahora y le cuento la historia de mi padre, a ver quién es el idiota que se traga el rollo del naufragio o el hundimiento o si mi padre está muerto o..."

MUJER

No te estoy tomando el pelo.

HOMBRE

"...está vivo o está muerto o ha resucitado..."

MUJER

No te estoy tomando el pelo.

HOMBRE

Ah, ¿no?

MUJER

¿Quieres que te diga la verdad?

HOMBRE

Eso estoy esperando desde el principio. Me parece razonable, ¿no?

MUJER

En mi padre no hay nada razonable.

HOMBRE

Pues creo que has heredado eso de él.

MUJER

Yo soy perfectamente razonable.

HOMBRE

Venga.

MUJER

¿Qué?

HOMBRE

Que estoy esperando.

MUJER

No te lo vas a creer.

HOMBRE

Es lo más probable.

Ella lo mira fijo un instante. Una sonrisa.

MUJER

Mi padre me persigue.

HOMBRE

¿Cómo? Ah, ya..

MUJER

Paga para que me vigilen, para saber dónde estoy, y entonces secuestrarme y llevarme con él.

HOMBRE

Tu padre paga para que te vigilen y manda que te secuestren...

MUJER

Hace tres meses que le despisté y temo que me encuentre aquí.

HOMBRE

Por eso estabas...

MUJER

Sí.

HOMBRE

No huyes de la lluvia, huyes de tu padre.

MUJER

Exacto. Pensaba que eras uno de ellos.

HOMBRE

¿De quiénes?

MUJER

De sus matones.

HOMBRE

Tu padre usa matones.

MUJER

Hasta ahora, tres.

HOMBRE

¿Y si yo fuera uno de ellos...?

MUJER

No hay ningún problema.

HOMBRE

No.

MUJER

Saco lo que llevo en el bolso y soluciono el asunto.

HOMBRE

¿Y qué tienes dentro del bolso, si se puede saber?

MUJER

Un cuchillo.

HOMBRE

¿No era una pistola?

MUJER

Para las distancias cortas es mejor el cuchillo: puedo clavártelo en la nuez sin que te enteres.

HOMBRE

¿Tan buena eres con él?

MUJER

He practicado.

HOMBRE

Has practicado. ¿Con qué has practicado?

MUJER

Con gatos. ¿Te parece suficiente garantía?

HOMBRE

¿Y si te ve alguien apuñalándome?

MUJER

Entonces te pego a mí como si nos estuviéramos besando. Nadie podrá distinguir cómo resbala la sangre de tu garganta por mi camisa roja. Y menos con esta luz.

HOMBRE

Claro, por eso te metiste en la boca del metro.

MUJER

Sí.

HOMBRE

Pues creo que puedes haberte metido en la boca del lobo.

MUJER

Yo soy la boca del lobo.

HOMBRE

Parece que lo tienes todo muy estudiado.

MUJER

Lo tengo.

HOMBRE

¿Sabes una cosa?

MUJER

¿Qué?

HOMBRE

Vaya historia para no dormir.

MUJER

¿No te lo crees?

HOMBRE

Puede que me lo crea y puede que no. Pero, por si acaso soy uno de ellos...

MUJER

No lo eres.

HOMBRE

Eso tú no lo sabes.

MUJER

Sí lo sé. Ellos tienen métodos más expeditivos.

HOMBRE

Quizá tu padre ha cambiado de táctica.

MUJER

También eso puedo saberlo enseguida.

HOMBRE

Ah, ¿sí?

MUJER

En cuanto llegue el próximo metro. Tienes que cogerlo. Ya has dejado pasar dos y tu mujer, Ginebra, debe de estar intranquila.

HOMBRE

No sería la primera vez que llego tarde. Además, no creo que le importe mucho.

MUJER

En ese caso, tengo otra opción: si me dejas que me marche, es que no lo eres; pero si intentas retenerme...

HOMBRE

...es que lo soy. Prueba.

Ella inicia la marcha. Él la toma del brazo y dice:

HOMBRE

¿Por qué te persigue tu padre?

Ella no contesta.

HOMBRE

Di.

MUJER

Porque puedo hacer que lo metan en la cárcel.

HOMBRE

¿Por qué?

MUJER

Primero, por violación.

HOMBRE ¿A quién violó?

MUJER

A mí, ¿a quién va a ser? Y segundo, por malversación de fondos. Yo trabajaba para él, en su oficina. Una noche en que me quedé hasta tarde descubrí el pastelón y le amenacé con contarlo todo.

HOMBRE

¿Y?

La mujer se toma unos instantes para sacar otro de sus cigarrillos y encenderlo. Luego, con parsimonia, dice:

MUJER

Me violó.

HOMBRE

¿Y qué hiciste?

MUJER

Dejé el trabajo, claro.

HOMBRE

Me refiero a si lo denunciaste a la policía.

MUJER

¡Claro! Y habría aparecido muerta y otra vez violada en un vertedero.

HOMBRE

No creo que tu propio padre pueda hacer algo así.

MUJER

Mi propio padre está en el fondo del mar.

HOMBRE

Ah, ya. Por fin entiendo el embrollo.

MUJER

Mi madre volvió a casarse con ese cerdo hijo de puta.

HOMBRE

Ahora lo entiendo: es tu padrastro el que te persigue. ¡Joder, deberías vender ese argumento!

MUJER

Sí, creo que sí. Eso de que tu padre te dé palmaditas en el culo, te bese en el cuello cuando menos te lo esperas, se pase el día bromeando de tus tetas y de tu culo, puede resultar muy excitante para el cine.

HOMBRE

Creo que ese cuento ya está muy leído.

MUJER

No si luego decide que se la tienes que chupar o termina violándote mientras te hincas la grapadora en la espalda.

Silencio. No se sabe si ronda en el ambiente la incredulidad, la sorpresa, o el respeto de él.

HOMBRE

Oye, ¿y no tienes miedo de volverte paranoica?

MUJER

No. Siempre hay alguien en algún lugar: un cafetería, una estación, un hotel, a quien puedes encontrar para desahogarte. En este caso, ha sido el metro y te he encontrado a ti.

Apaga el cigarro a medio fumar, como si por fin hubiera todo acabado.

MUJER

Debería darte las gracias.

HOMBRE

No hay de qué.

MUJER

Siempre doy las gracias. Mi padre decía que siempre hay que ser agradecido.

HOMBRE

¿Cuál de los dos?

Ella no contesta. Le ofrece la mano. Él se la entrega. Ella sonríe, repara en los largos dedos de la mano izquierda del hombre, descubre lo que ya intuía: no lleva anillo. Ruido de metro.

HOMBRE

Bueno, ya está ahí. Tengo que marcharme.

MUJER

Intentas despistarme.

HOMBRE

¿Cómo?

MUJER

No te hagas el tonto.

HOMBRE

No me hago el tonto.

MUJER

No vas a coger ese metro.

HOMBRE

¿No?

MUJER

¿Y tu anillo?

HOMBRE

¿Qué anillo?

MUJER

El de casado.

HOMBRE

Nunca lo llevo.

MUJER

Nunca lo has llevado.

HOMBRE

Eso es.

MUJER

Nunca lo has llevado porque nunca has estado casado.

HOMBRE

Eso no es cierto.

MUJER

No intentes engañarme.

HOMBRE

No te estoy engañando. Estoy casado y soy muy feliz con mi mujer, pero no me gustan los anillos.

MUJER

¿Eres feliz con tu mujer? ¿En serio?

HOMBRE

Lo soy.

MUJER

No vas a cogerlo.

El metro cada vez más cerca.

HOMBRE

Espera a que pase.

El ruido amortigua las voces, apenas se les oye.

MUJER

No eres más que un infeliz.

HOMBRE

¿Qué?

MUJER

¡Que no eres más que un pelele infeliz!

HOMBRE

¡No te oigo!

El ruido apagar sus voces. Ella se aleja y se desabrocha su gabardina, mostrando un cuerpo envuelto en un bello vestido.

MUJER

¡Cógelo! ¡Tu mujercita te está esperando! ¡Se volverá loca en cuanto llegues! ¡Ve a hacerla feliz, machote!

Ruido ensordecedor del metro que ya está allí. La máquina se detiene. La gente sale, le empuja. Él se queda mirando sus zapatos sobre la línea de advertencia. El metro cierra sus puertas y se marcha. Silencio. Él la mira a ella, parece darse cuenta por primera vez de que ha elegido quedarse definitivamente.

HOMBRE

Al cuerno con mi mujer.

MUJER

No hables así de tu mujer.

HOMBRE

¡Al cuerno con mi mujer mil veces! ¡Al cuerno con esa puta que sólo vale para comprarse ropa y follarse a cualquier guaperas de gimnasio! ¡Al cuerno con mi mujer y con su puta madre!

La mujer saca otro cigarrillo y se lo lleva a la boca, inclina la cara hacia la llama del mechero.

HOMBRE

Dame. (Le arranca el tabaco de los labios; luego, el mechero. Enciende, traga hasta lo más profundo y luego exhala la bocanada como si estuviera sacándose de dentro todos los venenos de su vida.)

MUJER

¿Ves?

HOMBRE

¿Qué?

MUJER

No te has marchado.

HOMBRE

¿De qué estábamos hablando?

MUJER

De tu anillo.

HOMBRE

No: estábamos hablando de la puta de mi mujer. Me estabas diciendo que soy un infeliz y un cornudo.

MUJER

Eso último lo has dicho tú.

HOMBRE

Puede que lo sea, puede que sea un cornudo, pero un cornudo asesino hijo de puta, puede que sea un matón pagado por tu padre para quitarte de enmedio.

MUJER

En ese caso, tendré que clavarte el cuchillo o dispararte con la pistola.

HOMBRE

No será necesario. Sólo soy un cornudo.

MUJER

Entonces, ¿por qué no te has marchado?

HOMBRE

Bueno, yo también quería contarte algo.

MUJER

¿Qué?

HOMBRE

Ya lo sabes: quería contarte que mi mujer es una puta, que me engaña con otros.

MUJER

Pues ya ves.

HOMBRE

Ya sé que no se puede comparar con una violación. En realidad, no iba a mi casa. Todo empezó cuando se apuntó a ese gimnasio. Está liada con uno de ellos. La estaba siguiendo.

MUJER

¿Por qué?

HOMBRE

Está claro, ¿no?

MUJER

¿Quieres matarla?

HOMBRE

¿Matarla? ¡Dios, es mi mujer! Yo sólo quiero...

MUJER

¿Qué?

No contesta.

MUJER

¿Volver con ella?

HOMBRE

No lo sé.

MUJER

Ahora ya está claro. Parece que los dos nos hemos estado mintiendo.

HOMBRE

Sí.

MUJER

¿No seguirás haciéndolo?

HOMBRE

No lo lées más, ya te he dicho la verdad.

MUJER

Quizá yo no sea meteoróloga.

HOMBRE

Agustina...

MUJER

Quizá tú...

HOMBRE

Sí, quizá yo vendo calendarios o soy domador de morsas... Bueno, creo que ha llegado el momento de... Voy a tomar el próximo.

MUJER

Muy bien.

HOMBRE

Seguro que ahora tardará más de diez minutos en llegar.

MUJER

Seguramente.

HOMBRE

Y todavía tengo que coger dos metros más. Esto es insoportable.

Ella, que lo ha estado mirando fijamente y con una creciente sonrisa, se pone en pie y se le acerca. Saca su paquete de cigarrillos y se lo ofrece.

MUJER

Anda, tranquilízate, ten un poco de paciencia, ya no debe de tardar.

Él saca un cigarrillo y se da cuenta de que es otro paquete de Gauloises. Se enciende uno y le devuelve el paquete.

MUJER

Quédatelo. Lo guardaba para una ocasión.

Él da una sola pero abundante calada. Dice un "no" que sólo es un chasquido de la lengua.

MUJER

Cálmate.

HOMBRE

(Por el metro que no llega) Es que siempre pasa lo mismo: cuando lo necesitas...

MUJER

No te enfades.

HOMBRE

Y luego quieren que nos comparemos con el resto de Europa.

MUJER

Calma.

HOMBRE

No entiendo esta informalidad. Igual pasan tres seguidos que no pasa ninguno.

MUJER

Te pones muy feo cuando te enfadas.

HOMBRE

No entiendo esta informalidad.

MUJER

No arrugues el entrecejo. Estás muy feo, Marcelino.

Él la mira sorprendido. Ella comienza a acariciarle el pelo como a un amante dormido por el alcohol. Él intenta desembarazarse.

HOMBRE

Agustina...

MUJER

Eres muy guapo. No me había dado cuenta hasta ahora. Tienes los ojos azules.

HOMBRE

Yo no tengo los ojos azules.

MUJER

Me gustaría besarte.

HOMBRE

Pero, ¿qué haces, qué estás haciendo?

MUJER

Déjame que te bese.

HOMBRE

Por favor, Agustina...

MUJER

No me llames así. Llámame de otra forma, nunca me ha gustado ese nombre.

HOMBRE

Pero...

MUJER

Llámame Laura, anda. Quiero escuchar cómo me llamas Laura.

HOMBRE

¿Laura?

MUJER

Laura, sí, ¿no te gusta?

HOMBRE

Sí, claro.

MUJER

Déjame que te bese, anda. Llevo un preservativo en el bolso.

HOMBRE

¿Un preservativo? Agustina, por favor.

MUJER

Laura.

HOMBRE

Laura, ¿no hablarás en serio?

MUJER

Es de limón.

Ella lo abraza, le besa la boca aunque él se resiste, en principio. Poco a poco, cede a los deseos de la mujer. Sus cabezas están muy juntas, también sus pechos. Él se ve a sí mismo en los ojos de ella y ella en los de él. Un leve ruido de metro que se aproxima llega hasta sus oídos, pero no lo escuchan.

HOMBRE

Laura.

MUJER

Marcelino.

HOMBRE

¡No! Mejor llámame Rafa, siempre he deseado llamarme Rafa.

MUJER

Rafa...

Ella deja que la mano derecha resbale brazo abajo de él.

HOMBRE

Oye.

MUJER

¿Qué?

HOMBRE

No irás a apuñalarme, ¿verdad?

MUJER

No, voy a bajarte la bragueta.

HOMBRE

Ah.

Ella hace lo que ha dicho. El metro está cada vez más cerca. Llegan los tres últimos murciélagos, locos con ese frenético ir y venir del metro.

Ella pelea por sentarlo en en banco y bajarle la cremallera. Él se resiste un momento, pero sucumbre. En eso, llega el metro. Por un momento, los amantes en un nudo desaparecen tras el gran armatoste. Se han abierto sus puertas, ha bajado gente que corre hacia las salidas o las correspondencias o la calle con su cielo amenazando lluvia como si dos personas amándose no merecieran al menos un vistazo. El pitido que permite la marcha escandalosa de la máquina.

El hombre se recompone la camisa y el peinado. Ella se acerca y con su pañuelo limpia los restos de carmín de los labios de él.

HOMBRE

Gracias.

MUJER

De nada.

HOMBRE

Tienes que venir conmigo.

MUJER

(Recogiendo sus cosas) De acuerdo. ¿A tu oficina? (Y luego, irónica) Perdón: ¿a tu bufet?

HOMBRE

No, a comisaría.

MUJER

¿Cómo?

HOMBRE

Se te acusa de complicidad en el delito de fraude y estafa de tu padrastro. ¿Me das el cuchillo?

MUJER

Se te olvida la pistola.

HOMBRE

Es verdad. También tienes que hacerme entrega de la pistola.

MUJER

Por supuesto. (Le entrega el bolso.)

HOMBRE

Puedes creerme si te digo que odio mi trabajo.

MUJER

Te creo.

HOMBRE

Pero debes venir conmigo.

MUJER

La vida es así.

HOMBRE

La vida es una mierda. Supongo que no te caerá mucho. Cinco; a lo sumo, diez; no creo que llegue a veinte.

MUJER

No está mal.

HOMBRE

Bueno, vamos. No te dará por huir, ¿verdad?

MUJER

Puede.

HOMBRE

No quisiera tener que esposarte.

Miradas.

HOMBRE

Sé que no lo harás.

MUJER

Quién sabe.

HOMBRE

¿Vamos?

MUJER

Adelante.

HOMBRE

(Por si acaso, la toma del brazo.) Laura...

MUJER

¿Sí?

HOMBRE

Siento tener que hacerlo.

MUJER

Rafa..

HOMBRE

Dime.

MUJER

Yo no.

Él echa un último vistazo a la estación, los túneles. Cuando da la vuelta, su risa no aguanta, de un momento a otro va a explotar. Ella no entiende nada y pregunta:

HOMBRE

(Riéndose) Te lo has creído, ¿eh?

MUJER

Ni lo más mínimo.

HOMBRE

Vamos, un poco sí te lo has creído.

MUJER

Te equivocas.

HOMBRE

Venga, vamos. Te invito a cenar.

MUJER

¿Ahora? ¿Y el metro?

HOMBRE

¡Que le den por el culo al metro!

MUJER

¿Y tu mujer?

HOMBRE

¡Que le den por el culo a mi mujer! Venga, conozco un palestino cerca.

MUJER

Me encanta la comida palestina.

HOMBRE

¿Vamos?

Una pausa que alimenta la incertidumbre.

MUJER

Vamos.

Caminan hasta la salida de la estación. Ella se detiene.

MUJER

Oye, aún no nos hemos presentado.

HOMBRE

Es verdad, soy un auténtico desastre para estas cosas. Me llamo Ricardo, Ricardo Zamora.

MUJER

Yo, Emilia.

HOMBRE

Bonito nombre.

MUJER

No empecemos.

El metro llega.

MUJER

El metro.

HOMBRE

A buenas horas.

MUJER

Tengo que cogerlo.

HOMBRE

¿Qué?

MUJER

Adiós, Ricardo. (Lo toma.)

HOMBRE

¡Emilia...!

Ella sube, el metro se desliza, él se queda solo en el andén: en una mano, el portafolios; en la otra, el paraguas. Camina hasta los asientos, se deja caer en el banco, resopla. Descubre a su lado, en otro asiento, las gafas olvidadas de ella. Las toma y, por un momento, piensa que igual podría hacérselas llegar algún día, pero enseguida cae en la cuenta de que eso no sucederá jamás. Las observa, se las coloca. Le quedan bien.

Espera.

Paco Sanguino y Rafael González. Correo electrónico: paco@sanguino.info

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. 2008

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

Presidente: Juan Carlos Gené. Director: Carlos Ianni

Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar. e-mail: correo@celcit.org.ar